

Omraam Mikhaël Aïvanhov

El amor más grande que la fe



Colección Izvor

Nr. 239

EDICIONES



PROSVETA

I

LAS INCERTIDUMBRES
DEL HOMBRE MODERNO

Cuando en las conversaciones corrientes, en los discursos públicos en la radio y en la televisión se observa la reacción de la gente, sorprende constatar que aunque expresan convicciones - que pueden variar según las circunstancias - en realidad, no convencen. Tienen ideas filosóficas, religiosas, científicas políticas, artísticas, pero se diría que algo les falta para avanzar sobre un terreno seguro. ¿Por qué?

Durante siglos, incluso milenios, las ciencias y las técnicas han progresado muy lentamente. De vez en cuando surgían pequeños descubrimientos, pero los medios para difundirlos eran limitados, y cuando finalmente estos medios empezaban a ser conocidos y utilizados, no modificaban demasiado la imagen que la mayoría de los hombres tenían del mundo. Ninguno de

estos descubrimientos científicos o técnicos podía verdaderamente poner en tela de juicio la imagen de Dios y de la Creación que tenían de la religión basada en textos sagrados que había interpretado literalmente. Así pues, aunque las desgracias cambiaran completamente su vida, la gente tenía siempre la sensación interior de pertenecer a un mundo bien definido, y por lo tanto de avanzar sobre un terreno sólido y estable: se apoyaban en algunas creencias y conocimientos inquebrantables. Se sentían felices o desgraciados, pero ningún acontecimiento, por virulento que fuera, podía rectificar la idea que tenían del orden del mundo.

Ahora bien, con el tiempo, el ritmo de los descubrimientos se ha acelerado. Y con estos descubrimientos una duda ha comenzado a insinuarse. En el transcurso del siglo veinte, particularmente en el campo científico, ¡cuántas verdades se han venido abajo! En física, astronomía, en biología, se tiene la impresión de que cada generación se cuestiona las adquisiciones de la generación precedente. En nuevas teorías, que modifican profundamente la concepción del hombre y del universo, modifican así mismo, cada vez, la imagen de Dios creador del hombre y del universo. La religión que, para los creyentes, había durante tanto tiempo respondido a todas las preguntas, ha dejado de ser un verdadero recurso. La multiplicación de

los descubrimientos y de las teorías que hoy en día se hacen a un ritmo acelerado (y no entro en detalles, bien lo conocéis), contribuye a crear un clima de incertidumbre: ya nadie está seguro de nada. Paulatinamente disminuye la creencia sobre la existencia de verdades definitivas, y uno permanece a la expectativa diciéndose a sí mismo: «Esperemos, sin duda esto todavía no ha acabado», y esta mentalidad gana terreno poco a poco en todos los campos.

El desasosiego del hombre moderno es evidente: ya no sabe en qué mundo vive, ya no está seguro de nada, y así vagabundea a diestro y siniestro, buscando siempre algo sin saber claramente lo que busca. Puesto que la incertidumbre reina a partir de ahora en lo que podría considerarse como lo más seguro: ¿qué crédito las ciencias pueden aportar a la moral, a la religión, a la espiritualidad que no estén fundadas sobre criterios objetivos y que incluso colisionan con los descubrimientos científicos? Así pues, también en este aspecto se espera, y esperando, las personas a quienes la ciencia y la filosofía materialista no satisfacen plenamente, se interesan por todo aquello que pueda existir de índole espiritual, y van de una corriente a otra. El sentimiento que domina, el estado de ánimo que cada día cobra mayor actualidad, es la curiosidad, el deseo de novedades: ¿que más hay para descubrir?

No es reprochable el hecho de manifestar interés y comprensión por todas las formas de espiritualidad. Lo que es peligroso, es dispersarse, es dejar de elegir un método de trabajo interior y ser constante con el mismo. Pero comprendedme bien, la cuestión no está en saber si se debe ser católico, protestante, ortodoxo, budista, taoísta o nada de todo esto. La cuestión - y está se plantea a cada uno, creyente o incrédulo - es detenerse en algunas verdades espirituales esenciales en ponerlas en práctica. En este tema no hay duda alguna.

La espiritualidad no es una opción facultativa que se pueda elegir o no como se hace con otras disciplinas: lengua, arte, deporte, etc. Teniendo en cuenta la estructura del ser humano, la espiritualidad es una necesidad vital, y mientras que el hombre no tome conciencia de esta necesidad, se volcará en actividades absurdas y peligrosas para si mismo y para los demás. Tal y como ha sido construido el hombre, si no encuentra el alimento que reclaman su alma y su espíritu, será continuamente atormentado por un sentimiento de vacío que intentará llenar en vano.

El ser humano es como un pozo sin fondo; ninguna adquisición material, ni ningún éxito social, ningún placer, ni siquiera ningún saber

intelectual podrán verdaderamente satisfacerle. No hay pues que sorprenderse si tantas personas relevantes por sus capacidades, por su inteligencia, terminan por caer en los peores extravíos. Precisamente porque no consiguen encontrar lo que buscan, y que ni siquiera son conscientes de estar buscando, toda esa gente queda atrapada en un engranaje sin fin; cada vez necesitan más fama, más poder, más dinero, más terreno a ocupar, más placeres... Y para conseguir esto, están dispuestos a utilizar o a aplastar al mundo entero. Pero incluso cuando llegan a conseguir todo lo que era objeto de su codicia, continúan estando insatisfechos, ya que no han podido llenar ese vacío que sienten en ellos como si fuera un abismo abierto. ¹

El único medio es luchar contra ese vacío, es dejar de vivir en la duda y tener un ideal espiritual. Un ideal espiritual, nos une a un mundo superior del cual recibimos el alimento. Y aquél que prueba, aunque sólo sea por un instante, este elixir de la vida divina, recibe más de lo que jamás podrán aportarle años de estudios, de éxito, de poder, de gloria y de placer. ¿Esto os sorprende? Pues bien, es porque no conocéis bien la naturaleza del mundo espiritual. El mundo espiritual está situado bajo el signo de la cualidad; a diferencia del mundo material que está situado bajo el signo de la cantidad. Es la cualidad lo que vivís en vuestra alma y en

vuestro espíritu lo que puede, en un segundo, daros una plenitud que ninguna acumulación de bienes materiales podría nunca haceros experimentar.

Por lo tanto, no hay razón para sentir tanta admiración hacia toda esta gente brillante, opulenta, poderosa, que no dan ninguna importancia a la vida del alma y del espíritu. Y sobre todo, no os fiéis de ellos. Como no buscan un alimento espiritual, el único que podría satisfacerles, son como bestias hambrientas, y ambiciones, su codicia, su voracidad terminarán fatalmente por arrastrarlos hacia caminos peligrosos para sí mismos y para su entorno.

Desgraciadamente, muchos de los que se consideran espiritualistas, no actúan mejor: intentan conseguir los mismos éxitos que los materialistas utilizando los medios que le aporta la Ciencia iniciática; son todavía más culpables que los materialistas, ya que envilecen así los principios más sagrados. Se nota que están satisfechos y muy orgullosos de tener éxito utilizando tales medios; pero el Cielo, que no le agrada ser utilizado con fines egoistas, interesados, un día les pedirá cuentas, y serán muy severamente castigados. En realidad, aunque ellos se definan como espiritualistas, estas personas no tienen verdaderamente fe. El que tiene fe, se preocupa primero de no transgredir las leyes divinas que son las leyes de la abnegación,

del amor y del sacrificio.

Cuando comprendáis que cada uno de vosotros sois una entidad espiritual que vive en conexión con el universo, que puede obtenerlo todo en los mundos infinitos del alma y del espíritu, he aquí lo que os dará la verdadera certeza, y ya no tendréis mas la necesidad de ir tras adquisiciones efímeras. Así pues, atención, aunque en nuestros días el éxito social y material aparecen cada vez más como la única cosa que puede aportar la seguridad, esto no es ningún momento lo que debéis poner en primer lugar porque acabaríais perdiéndoos. Si se os propone una función importante en cualquier ámbito que sea, porque han sido reconocidas vuestra capacidad y vuestra competencia, aceptadlo si lo deseáis, pero tened cuidado, no abandonéis lo esencial. No habéis venido a la tierra para convertirnos en jefe, dueño, director, ministro, presidente; habéis venido a la tierra para trabajar a través de la materia a fin de convertirnos conscientemente en un hijo de Dios, en una hija de Dios. He aquí la única verdad a tener en cuenta.

Está muy bien explorar la materia, trabajar sobre ella y con ella para organizarla, embellecerla, vivificarla: yo soy el primero en aconsejar de no abandonar nunca la materia. Pero todavía es más importante empezar por vivificar, organizar y embellecer la materia interior

de cada uno para sentirse más confiado, libre y en paz. Una vez que hayáis aprendido a actuar en vosotros mismos con las fuerzas del espíritu, no solamente haréis descubrimientos, sino que todo lo que posteriormente realizaréis en el exterior estará marcado por el sello del espíritu, de la luz, de su amor y de su poder. ²

Algunos pensadores que han reflexionado sobre el tema de la fe dicen que un poco de saber aleja de dios, mientras que mucho saber lo acerca a Él. Esto es verdad, pero para comprender esta afirmación, hay que comprender que no se trata del mismo saber: algunos conocimientos de más en biología, en química o en astrofísica, no sólo no os acercarán a Dios, sino que incluso podrán contribuir a aumentar vuestras dudas. El saber sobre el cual se funda la fe es de otra naturaleza, es un saber que os concierne a vosotros; y cuando digo a «vosotros», me refiero a las riquezas y posibilidades infinitas de vuestro ser profundo.

Si buscáis en vuestro exterior aquello de lo que tenéis necesidad, es porque no creéis en la fuerza de la vida divina que fluye en vosotros. En lo más profundo de vuestro ser, en vuestro subconsciente, no tenéis fe sino incertidumbre. Y por eso estáis hambrientos, sedientos, vacíos. La fe debe descender hasta las raíces de la vida. Mientras no aprendáis a beber de esta fuente interior, erraréis a diestro y siniestro y seréis una

presa fácil para los charlatanes, los mercaderes de felicidad y de curación. La verdadera libertad del hombre está en este poder que Dios le ha dado de encontrar todas las respuestas dentro de sí mismo.

Nunca me cansaré de repetiros esta verdad, porque ésta es la única misión de un verdadero guía espiritual: liberar a los seres. ¡Cuántas personas se imaginan a un Maestro espiritual como un déspota que no cesa de imponer su poder y sus convicciones a los demás! Pues bien, se equivocan, ya que es exactamente lo contrario: un Maestro espiritual no tiene ningún deseo de imponer su poder y sus convicciones a los demás, o más bien, sólo tiene una convicción a imponerles: que su salvación está en ellos exclusivamente. Y les indica métodos y pruebas a realizar para llegar hasta ahí.

Es cierto que a menudo os digo, «creedme», pero esto no significa que os pida una fe ciega. Solamente os pido que toméis en serio lo que os explico, que lo meditéis, que lo pongáis a prueba y lo verifiquéis. Pues, si lo verificáis, estoy absolutamente seguro de que me creeréis. Mientras que si me creéis así, a la ligera, sin verificar, cualquier cosa podrá un día doblegaros. Concretamente a lo que piensa la mayor parte de personas, la fe no es una simple adhesión ciega y sin fundamento; y es porque no la han comprendido, porque siempre están

invadidos por la duda. La fe, como la ciencia, está fundada en unas comprobaciones, en una experiencia, en una lucidez.

Notas

1. *“Buscad el Reino de Dios y su Justicia”*, Parte IV, Cáp. 6: “El origen del oro se halla en la luz”
2. *“Buscad el Reino de Dios y su Justicia”*, Parte II, Cáp. 3 : “Así en la tierra como en el Cielo”